

# Un caso de problemáticas en la inscripción del Orden Simbólico, a la luz de Peirce

Victoria C. Belaustegui Goitia \*  
Universidad de Buenos Aires  
marcombalzarini@outlook.com

## Introducción

El interés de este escrito parte de la articulación entre un caso clínico propio y la lectura que realizamos de la obra de C. Peirce, que consideramos de sumo valor para enriquecer la clínica psicoanalítica. Nos interesa, al respecto, manifestar que muchas de las cuestiones que plantea el filósofo despertaron reflexiones personales acerca del caso. Es por tal motivo que intentaremos reflejar un recorte del trabajo clínico a la luz del análisis peirceano que pudimos articular.

## Recorte del caso clínico: Abril, 3 años.

Recibo la consulta de los padres de Abril en noviembre de 2021. Los deriva el pediatra, quien advierte que la niña “habla en 2da persona”. Por ejemplo, para manifestar algo que ella quiere, en lugar de decir “Quiero” o “la nena quiere (en 3era persona, expresión común en el proceso de constitución subjetiva), dice”querés”. Sus frases habituales suelen ser “¿querés agua? ¿te sacás la campera?”, etc. En general preguntas. Cuando alguno de sus adultos referentes no entiende, se enoja y grita. Muchas veces el grito se perpetúa, se eleva en volumen, se hace difícil que ceda.

Otra cuestión que observan los padres es que ante situaciones de disconformidad, Abril responde con una palabra “suelta”: “Ahí”. Una expresión que no tiene que ver con el contexto, ni con lo que está sucediendo, ni con lo que se está conversando.

---

\*Corresponding author.

Los adultos preguntan insistentemente “Ahí ¿qué?” Pero no aparece más nada al respecto.

Abril tiene muy buen vocabulario, y en general habla, canta. Sin embargo, todo pareciera ser imitativo y repetitivo, con una entonación particular en la voz. No aparece espontáneamente un intento de comunicación, de manifestación propia. Sus respuestas no suelen ser “funcionales” al contexto de diálogo. No hay casi lazo con pares, ni con otros adultos.

Cuando la recibo, a fines del año pasado, tenía 2 años y 8 meses. Y había nacido su hermanito, quien tenía 2 meses. De todos los juguetes, se interesa por un frasquito de plástico, que al arrojar al piso, hace ruido. Eso a ella le genera risa. También dice “Ahí”, repetidamente. Tomo una canasta y juego a recibir el frasquito arrojado, repito el “ahí” y le agrego algo: “¡Ahí lo atrapé!” o “¡Ahí está el frasquito!”.

Habla en 2da persona, cuando no entiendo o no hago lo que pide, grita. En los gritos se distingue por momentos un “Nooo”. Suele pedirme, bajo este modo, un tupper con castañas que trae a las sesiones, para que se lo abra y pueda comer durante. Comienzo a introducir frases en primera persona: “Abril, decime: Vicky, quiero el frasquito, Vicky, quiero el muñeco”. Ella las repite. En entrevistas siguientes, se da la misma secuencia, ella habla en 2da persona, yo la interpreto y le ofrezco una frase en primera persona que ella repite.

Con el correr de las entrevistas comienza a interesarse por una casa con muñecos. Los hace entrar y salir de la casa, pareciera haber un esbozo de escena grupal entre ellos. Propongo que sea el jardín, tomo un muñeco y digo que es la maestra. Abril toma la propuesta de juego, y arma el momento de desayuno: los ubica en ronda y pregunta si alguien quiere medialunas. Con un poco de algodón que encuentra en el consultorio, va trozando y haciendo bollitos, como si fueran medialunas. “Cuidado, no te quemes, está caliente”, le repite a cada muñeco al darle un bollito. Cada vez que se levanta a buscar algún juguete, pasa cerca de la estufa del consultorio. De reojo la mira y dice “cuidado Abril, está caliente”.

De las entrevistas con los padres recorto algunas cuestiones. La madre comenta que desde muy temprano tuvo la fantasía sobre el autismo: “temo que sea autista, desde que era un feto”. Alude a que tienen sobrinos mellizos, por el lado del padre de Abril, con diagnóstico de autismo. Respecto de las actitudes o reacciones de Abril, el padre manifiesta fastidio cuando “le pregunto con quién jugó en el jardín y contesta”pan”. No le respondo, porque dice cualquier cosa. Cuando dice “ahí” tampoco”. Y la madre expresa preocupación ante estas escenas: “pone un marcador adentro de un vaso, hace que revuelve algo y dice que está cocinando mermelada... ¿está bien eso? Porque no es real”.

Los juegos de Abril fueron desplegándose. Comenzaron a aparecer frases espontáneas en 1era persona: “Vicky ¿me ayudás? ¿Me abris el frasquito?” Dejó de arrojar el frasquito y lo incluyó en el juego de las medialunas, poniendo y sacando el algodón. El “ahí” suelto ya no se manifiesta. Surgen imitaciones, por ejemplo el gruñido de un león, con el que juega a asustarme. En una de las últimas sesiones cocinamos panqueques para los muñecos de la casa. “¿Cómo se llama este?”, pregunto. “Panqueque”, responde riéndose. Luego toma unas comidas de tela que hay en el consultorio. Las frutillas hacen “grrr” como si fueran un león,

la manzana hace “ajjjj” como un gato. Me mira divertida de su invento, riéndose. Respondo asustándome, escondiéndome, etc. Luego toma un marcador y dice “está lloviendo”. Dibuja puntos celestes en una hoja: “son gotas de lluvia... lluvia de castañas”.

## Aportes de la teoría peirceana para pensar la inscripción en el orden simbólico

Consideramos el caso presentado como una situación que nos permitirá reflexionar acerca de la inscripción de un sujeto en el orden simbólico, y los avatares que pueden producirse en dicho proceso. Para comenzar, situaremos lo planteado por Oscar Zelis: “Asentamos así que Peirce sitúa al *hombre* como *un signo*, dentro de la dinámica simbólica, incluido en lo que él llama la categoría de la Terceridad. Es un signo, en relación a otros signos, en el universo simbólico en el que está inmerso. A partir de que piensa, está *inmerso en el pensamiento general*”. (Zelis 2020, 37. Subrayados en el original). La pregunta rectora será la de cómo un sujeto se inscribe dentro de esta categoría, que no va de suyo. En el mejor de los casos, el orden simbólico “espera” al cachorro humano, encarnado en un Otro, quien dará alojamiento y hará una apuesta a que de ese encuentro, advenga un sujeto. En este sentido, ubicamos los tres elementos que componen al signo de Peirce: “Es un signo, enlazado a algún **interpretante**; enlazado a otros signos-pensamientos dentro del *pensamiento general*. Es un signo de un **objeto** –ese ser humano al que denota (o que nombra, en el caso de un nombre). Por último, es un signo por portar algún **aspecto o cualidad** que lo conecta con aquel objeto. La segunda referencia, nos habilita a pensarla con la concepción psicoanalítica del sujeto, como un signo del objeto que fue para el deseo del Otro” (Zelis 2020, 37. Subrayados en el original). Esta lectura nos resulta de sumo interés para iniciar nuestro análisis del caso.

Para que un sujeto llegue a constituirse como tal, y pueda inscribirse en lo simbólico, será necesario y primordial que se constituya como objeto en el deseo del Otro que lo espera y encarna el lenguaje. Podríamos preguntarnos en este sentido, y peirceanamente ¿qué signo es dicho cachorro para su Otro? Aquí tomaremos la primera cuestión del caso: los dichos de los padres de Abril. La madre manifiesta su temprana preocupación por el autismo, también le resulta extraña, “no real”, una escena que podríamos leer como juego (usar el marcador como cuchara que revuelve). El padre lee las respuestas de Abril como errores. Podríamos preguntarnos ¿qué esperan de esta niña? ¿Qué leen en ella? ¿Qué signo les hace? Al respecto, nos interesa el trabajo de un psicoanalista francés contemporáneo, Alain Vanier, que ha trabajado el vínculo madre-bebé. En uno de sus trabajos menciona que el amor maternal “está dirigido al sujeto: el signo del bebé sostiene el deseo de la madre (en tanto es objeto *a*). Si el signo está subordinado al significante, es el signo de la causa por la cual el sujeto se identifica con su deseo, es decir, el objeto *a*. Es el signo de lo que excede la incorporación del significante (...) Podríamos evocar aquí la huella (Peirce) que es del orden del signo, el representamen, y que es del orden de la letra. El significante se

produce cuando se borra la traza. (...) El signo no es, por lo tanto, el signo de algo, sino de un efecto que es lo que se supone como tal de un funcionamiento del significante. Este efecto del significante es el sujeto” (Vanier 2021, original en francés, traducción propia). Podríamos reflexionar entonces que no es lo mismo un niño que hace signo para su Otro en tanto objeto *a*, siendo objeto causa del deseo de ese Otro, a que sea un signo de extrañeza. El niño como signo provoca el deseo materno si el significante ha marcado al sujeto como tal, si allí en ese cachorro se ha supuesto un sujeto. Por tanto, el sujeto en tanto objeto causa del deseo de su Otro entrará en la estructura, le hará signo respecto de su deseo.

En este caso, y siguiendo las reflexiones de Zelis, la apuesta fue comenzar a trabajar en entrevistas con estos padres, para proponer un nuevo interpretante, a los fines de abrir el signo cerrado, enigmático, inquietante que parecen representar Abril y sus actitudes para ellos. Incluí el significante “juego” dentro de su semiosis, que parecía no estar disponible o no era tenido en cuenta a la hora de leer las escenas de su hija. En la misma línea, fui intentando pasar a un signo remático -como signo abierto a la posibilidad- la nominación cerrada del “autismo”. Si bien se presenta como un temor temprano, consideramos que la fantasmática materna participa de las posibles marcas que se inscriben en un sujeto. La propuesta fue la de ir trabajando estos temores para ahuecarlos, e intentar producir lugares en blanco en dicha proposición-temor del Otro materno. (Zelis 2020, 161).

El orden simbólico que rodea al sujeto implica la dimensión de la Terceridad. Al respecto, tomamos lo planteado por Peirce: “Hay tres clases de interés que podemos tener en una cosa. Primero, podemos tener un interés primario en la cosa por sí misma. Segundo, podemos tener un interés secundario en ella a causa de sus reacciones con otras cosas. Tercero, podemos tener un interés mediador en ella, en tanto que transmite a la mente una idea sobre una cosa. En tanto que lo hace así es un *signo* o representación”, y luego agrega que “un símbolo, como hemos visto, no puede indicar ninguna cosa particular; denota una clase de cosa. No sólo eso, sino que él mismo es una clase y no una cosa singular. Puedes escribir la palabra “estrella”; pero eso no te hace el creador de la palabra, ni, si la borras, has destruido la palabra. La palabra vive en las mentes de quienes la usan” (Peirce 2012c). En este sentido, la apuesta para este caso fue la de investigar cuál era la relación de Abril con su universo simbólico. A partir de sus respuestas, pensar su relación con los objetos. Y evaluar si contaba con la dimensión tercera, con el símbolo.

Una de las primeras cuestiones que nombré fue la de referirse a sí misma en 1era persona. Podríamos conjeturar que el nombrarse en 2da persona indicaba una indiferenciación con el otro, y que constituirse a sí misma como distinta del otro y los objetos del mundo es una operación a conquistar. Es así que nos servimos de lo que Peirce llama “relaciones de equivalencia” entre objetos. La equivalencia no implica identidad, sino justamente relaciones de intercambio entre objetos diferenciados. Quizás podría pensarse que ofrecer por ejemplo la frase “¿Vicky, me ayudás?” implica nombrar una relación entre ella y yo, lo cual da por sentado que ella se diferencia de mí, y de los objetos que la rodean. Al modo en que Lacan lee la intervención de Melanie Klein con Dick, podemos decir que quizás nombrar esta

relación permitió que Abril comience de a poco a dirigirse espontáneamente a mí, su analista, llamándome, apelando a mi atención, a mi asistencia, a mi mirada.

La pregunta que podemos hacernos entonces es si para Abril funciona la terceridad, o en todo caso es una posibilidad en ciernes, ya que la niña se halla enlazada al mundo simbólico de alguna manera. Al modo en que Lacan lee el caso Robert (trabajado por Zelis (2020, 42-43)) podemos afirmar que Abril cuenta con la posibilidad de hacer lazo, de armar diálogo con el Otro, en latencia. Y es en ese punto donde consideramos que tiene tanto valor la “intervención temprana” en psicoanálisis. Para habilitar ese despliegue, para tirar de la punta del ovillo lenguajero y apostar a la instauración plena del orden simbólico.

Lacan afirma que la expresión de Robert “¡el lobo!” no era cualquier expresión, ya que se enlaza la ley (de las enfermeras asustando a los niños para que obedecieran) con la palabra. Como plantea Zelis “Es en total consonancia con lo que destaca Peirce como requisito fundamental del orden simbólico y la Terceridad: la instalación de una ley” (Zelis 2020, 42). En nuestro caso es interesante pensar la secuencia que comienza a aparecer con los muñecos y la casa. Proponer un juego con el jardín y sus compañeritos es quizás una equivalencia dada por una cualidad semejante, si seguimos el ordenamiento propuesto por Peirce: “Hay tres clases de signos. En primer lugar, hay *semejanzas* o iconos; que sirven para transmitir ideas de las cosas que representan simplemente imitándolas. En segundo lugar, hay *indicaciones* o índices; que muestran algo sobre las cosas por estar físicamente conectados con ellas. Tal es un poste indicador, que indica la carretera a seguir, o un pronombre relativo, que está situado justo después del nombre de la cosa que pretende denotar, o una exclamación vocativa, como “¡Eh! ¡Oye!”, que actúa sobre los nervios de la persona a la que se dirige y la obliga a prestar atención. En tercer lugar, hay *símbolos*, o signos generales, que han sido asociados con su significado por el uso. Tales son la mayor parte de las palabras, y las frases, y el discurso, y los libros, y las bibliotecas” (Peirce 2012c). Según esta repartición, el juego con los muñecos parece ser una imitación de la escena del jardín de Abril, por semejanza con el aspecto humano de los muñecos y la casa de juguete parecida a una edificación real. Esto que podríamos leer como **objeto real** en Peirce, determina al **objeto inmediato** (los juguetes, elegidos por semejanza). Hay un principio de sustitución, un inicio de semiosis, pero en la segundidad. En la misma línea, elijo una muñeca más grande, que podría representar a la maestra. No podríamos decir aún que se trata de un signo-interpretante que se articula a nuevos signos. El trabajo apuntaría a eso, a que conecten con un signo que funcione en la terceridad.

La introducción del *representamen-maestra*, o signo-icónico degenerado sin embargo evoca una dimensión tercera: la maestra suele ser la que porta el discurso de la ley. En el juego, es la que indica donde se sientan los muñecos, y pregunta por el desayuno. En ese instante es donde Abril introduce el significante “caliente”, que consideramos no es una palabra cualquiera, ya que se verbaliza dentro de un texto de advertencia: “cuidado, está caliente”. Que expresa tanto para las medialunas como para la estufa. Suponemos que esa advertencia del Otro está puesta en juego en el universo simbólico de la niña, que puede evocarla en ese momento. Si bien las medialunas hechas con bollitos de algodón puedan pensarse aun como

signo-icónico por la semejanza en la textura, nos preguntamos si el atribuirles el “caliente” no podría ser un esbozo de terceridad. En tanto “la Terceridad implica esencialmente la producción de efectos en el mundo de la existencia, no proporcionando energía, sino mediante el desarrollo gradual de Leyes” (Peirce 2012b).

La apuesta respecto del “arrojar el frasquito” y el “ahí” suelto pueden pensarse en la línea de la psicoanalista francesa Laznik-Penot: sobre las estereotipias y estribillos, interpretarlos y restaurar su valor de representación (Laznik-Penot 1997). Es decir, peirceanamente producir un interpretante lógico que conecte con las estereotipias y apuntar así al inicio de una semiosis. Tomando la reflexión de Zelis acerca de los modos de presentación posibles de los signos (Peirce 2012a) encontramos: el **potisigno** (signo meramente posible), el **actisigno** (instancia, signo actual) y el **famisigno** (tipo, signo general). Podemos en nuestro caso ubicar: el **potisigno** (la estereotipia de arrojar el frasquito como un arrojarse del Otro, salirse de él, separarse, al estilo del fort-da. También podríamos pensar el “ahí” y el “nooo” como estribillos que surgían ante una demanda no alojada por el Otro, quizás como intento de ahuecarla). Luego el **actisigno** en la interpretación analítica que acerca un interpretante lógico “Ahí está el frasquito”, “Ahí quiero que me ayudes”, etc, y que posibilita que el frasquito se incluya en el juego de los muñecos, cumpliendo una función –posible inicio de semiosis, de conectar con un rudimentario juego de signos-, a la vez que los estribillos ceden. Por último, el famisigno apunta a que dicho movimiento se inscriba subjetivamente para la niña, y que el proceso de arrojarse-separarse del Otro funcione como signo general. Consideramos que haber tomado estas expresiones de Abril como mensajes, por más enigmáticos que fueran, posibilitaron los efectos que se dieron a continuación.

Queremos destacar, para finalizar, lo que acontece en las últimas sesiones. La niña juega a imitar sonidos de animales, juega a que una frutilla gruñe como un león o una manzana maúlla como un gato. Y pinta gotas de lluvia, que termina nombrando “lluvia de castañas” evocando lo que trae para comer en las sesiones. Quizás podría pensarse que el tono de voz de los animales, y los gruñidos, como **sinsignos-icónicos** que terminan vinculándose a alguna ley –podría pensarse a partir del juego de los muñecos, nombrar las relaciones, etc- constituyendo entonces un **legisigno**, en tanto signo que gobierna réplicas singulares, que evoca en la mente la idea de un objeto parecido, transformándose así en un tipo general. En este caso, pensamos que los gruñidos no están adheridos al animal único que le correspondería, sino que una frutilla gruñe: ocurrencia que separa el “hic et nunc” entre la cosa y la palabra. En la misma línea consideramos la “lluvia de castañas”: que posiblemente haya una incipiente construcción del **legisigno** “lluvia” que unifica sus distintas instancias –gotas azules, castañas-.

## Conclusión

Hicimos un breve recorrido por algunas de las herramientas peirceanas provistas en el curso, que nos permitieron analizar un caso clínico propio. Nos quedaron varias cuestiones para seguir pensando y planteando, que en todo caso serán

inquietudes para próximas investigaciones. A su vez, todo lo que hemos planteado es a modo de hipótesis, ya que es el primer acercamiento a Peirce, y aún más al trabajo clínico iluminado por sus planteos. Consideramos que en este caso hay un esbozo de terceridad que comienza a despuntar a partir del trabajo analítico. Será un desafío cómo seguiremos.

## Bibliografía

- Laznik-Penot, Maud C. 1997. *Hacia el habla. Tres niños autistas en psicoanálisis*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Peirce, Charles S. 2012a. «Carta a Lady Welby, 24-28 de diciembre». En *Obra filosófica reunida. Tomo II (1893-1913)*. México: Fondo de Cultura Económica.
- . 2012b. «Concepciones lógicas diversas». En *Obra filosófica reunida. Tomo II (1893-1913)*. México: Fondo de Cultura Económica.
- . 2012c. «¿Qué es un signo?» En *Obra filosófica reunida. Tomo II (1893-1913)*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Vanier, Alain. 2021. «La supposition de sujet». En *Le bébé et l'enfant – corps, langage, psychisme*, editado por D. Tsirkova. París: Ed. Sofia.
- Zelis, Osvaldo P. 2020. *Sujeto y orden simbólico. Aportes de Peirce para problemáticas de la clínica psicoanalítica*. Buenos Aires: Letra Viva.